EL UNIVERSAL
EL GRAN DIARIO DE MÉXICO

Fecha	Sección	Página
08.02.2009	Opinión	19

Por una nueva economía

Jean Meyer

Bien lo dijo el economista francés, autor del Fondo de Cultura Económica, Pierre-Noël Giraud: "Injustas, las crisis financieras son tan imprevisibles como inevitables (...) y el regreso de la confianza obedece a leyes más impenetrables aún que su desaparición: la duración de la crisis, la profundidad de sus consecuencias económicas y lo que al final habrá costado en dinero público siguen por lo tanto imprevisibles" (*Le Monde*, 2 de octubre 2008).

Dice también que el riesgo financiero y sus consecuencias, las crisis, son inevitables y necesarios; "lo único que nos queda para escoger es la forma de las crisis". No cree en la eficacia de "más reglamentación", lo que muchos piden a gritos; tampoco de "más transparencia", pero piensa que si no se puede actuar sobre las causas, se puede y debe intentar corregir los efectos, incluso de manera preventiva, reforzando o creando los medios para proteger a los más vulnerables, los que sufren más de las consecuencias macroeconómicas de las inevitables fluctuaciones de las finanzas de mercado.

¿No será el momento para todos de hacer un examen de conciencia y reflexionar un poco sobre el destino del cual nos quejamos, olvidando que nos lo estamos fabricando?

Con mucha o poca responsabilidad, según nuestra posición, pero siempre con alguna parte de responsabilidad. Hace más de 30 años —perdón por repetirme— que el gran Alejandro Solzhenitsyn, en su discurso de Harvard, muy mal recibido en Harvard y en el resto del mundo, nos invitaba a la moderación, al respeto de la naturaleza, a una revisión de las pautas que seguimos.

Él nos advirtió que la meta no podía ser la de un crecimiento sin fin, y hoy en día se burlaría de nuestros dirigentes políticos, de sus asesores económicos y de los empresarios y financieros que hablan de "recuperar el crecimiento económico"; su única preocupación es saber cuánto tardará, pero no ponen en duda esa meta única y absoluta: crecer, crecer... Esa obsesión ha infectado hace años hasta la academia que publica en sus informes anuales gráficas que siempre deben ir a la alza, como los planes quinquenales soviéticos. Dicha obsesión capitalista la compartieron todos los regímenes comunistas. ¡Qué falta de imaginación, la nuestra!

Solzhenitsyn hablaba de justicia y amor al prójimo y proponía no pasar hambre, sino frenar un consumo insaciable, fuente de frustración en su satisfacción misma: ¿cuánto más dinero, cuántas cosas más, iPod, iPhone, coches, viajes, ropa, necesitamos? ¿Qué es suficiente y qué es demasiado? Si comparo el estilo de vida de mis padres hasta, digamos, 1960, el estilo de vida de mis abuelos, con el consumo a partir de 1960, y su crecimiento exponencial, puedo empezar a contestar.

Parte de la contestación es que no se puede decir que la felicidad haya crecido en forma paralela. No me atreveré a decir que nuestros antepasados eran más felices que nosotros; sé que sus vidas, en muchos aspectos, fueron mucho más duras que las nuestras, pero... Debemos aprender a desear de otra manera, olvidar nuestro apetito insaciable de consumo para salvar el planeta, inventar o encontrar de nuevo otras maneras de ser felices, descubrir lo que es esencial y renunciar a lo demás.

Como el Principito que no acepta tomar las píldoras que quitan la sed (para ahorrar tiempo) y prefiere emplear esa media hora virtual para caminar hasta la fuente y beber de su agua.

¿Qué hacer, pues? Otra vez, la pregunta de siempre. Barack Obama habla de apoyar a fondo un desarrollo (no es lo mismo que cre-

Continúa en siguiente hoja

cimiento) sostenible, verde, que transforme las industrias energéticas y automotrices, de manera a limitar las emisiones de gases con efecto invernadero; hay que hacer el esfuerzo científico y económico equivalente en el campo para poner fin a la devastación de los bosques, desertificación de la tierra y envenenamiento de las aguas.

Nosotros, los que pertenecemos a la clase media y a la media superior, debemos trabajar para que surja una nueva economía, una que no tenga por sola meta producir más, vender más, sino mejorar las condiciones de existencia de todos, buscando más justicia, salvando el planeta.

¡Ojo! Eso implica sacrificios; eso depende, en buena parte, de las clases medias de los países ricos y de países como el nuestro. Es obvio que 6 mil 700 millones de personas no pueden vivir y consumir como la clase media. Solzhenitsyn lo dijo hace 30 años: o excluimos a grandes multitudes de la prosperidad para que siga siendo nuestra, o cambiamos nuestro estilo de vida y de consumo. ¡Levanten la mano los que están dispuestos a renunciar a algo!

NOSOTROS, LOS QUE
PERTENECEMOS A LA CLASE MEDIA
DEBEMOS TRABAJAR PARA QUE NO
SE TENGA POR SOLA META VENDER
MÁS SINO MEJORAR LAS
CONDICIONES DE VIDA DE TODOS

jean.meyer@cide.edu
Profesor investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE)